

La palabra y la piedra

Sergio García Carmona

Eran tiempos más felices.
—Gandalf, ante la Puerta del Oeste de Moria

I

Cuando le preguntaban por qué había aceptado trabajar con un elfo, Narvi respondía que por la piedra, y mentía.

La piedra era buena, eso sí. El brazo occidental del monte que los elfos llaman Celebdil y los enanos Zirakzigil baja hacia Eregion en paredes grises de grano cerrado, piedra seria, sin humedades ni traiciones. Pero piedra buena hay en muchos sitios. Lo que no había en ningún sitio era un elfo capaz de estarse media mañana callado delante de una pared de roca, mirándola como se mira a alguien que duerme. Eso fue lo primero que Narvi vio de Celebrimbor, señor de los herreros de Ost-in-Edhil: la espalda, quieta, y dos rollos de dibujos que no desplegó hasta que el sol estuvo alto.

—¿Y bien? —dijo Narvi cuando se cansó de esperar.

—Dímelo tú. Yo sé lo que quiero que haya aquí. Tú sabes lo que la montaña está dispuesta a consentir.

Narvi había subido desde Khazad-dûm preparado para odiarlo. Sabía lo que se contaba de aquella casa: que el abuelo había hecho las tres joyas más hermosas que se han visto y que por ellas ardió el mundo entero durante una Edad. Sabía también las cuentas viejas que elfos y enanos arrastraban desde Doriath, cada pueblo con su versión y sus muertos, y que en ambas versiones salía mal parada la parentela de aquel señor. Un nieto de Fëanor solo podía ser soberbio. Y sin embargo allí estaba, pidiéndole permiso a una pared.

—La veta miente aquí —dijo el enano por fin. Golpeó la roca con el martillo pequeño, dos veces, y arrimó la oreja—. Suena a hueco tres brazas adentro. Agua vieja. Veinte pasos al norte la pared es honrada.

—Veinte pasos al norte, entonces.

Así de simple fue el principio. Después vinieron siete años que no fueron simples en absoluto.

El encargo venía de arriba, y arriba, en aquellos días, quería decir Durin, tercero de ese nombre, rey de Khazad-dûm. Los elfos se habían establecido en el país que ellos llamaban Eregion y los enanos Acebeda por una sola razón, y la razón era el mithril, que no se cría en ningún otro lugar del mundo. A Narvi aquello no le parecía mal: era la primera vez, que él supiera, que los Primeros Nacidos querían algo que los enanos tenían, y lo pedían con buenos modales y mejor plata. Pero las caravanas daban un rodeo de semanas para entrar por el este. Durin quería una puerta al oeste, a la altura del camino elfo, donde nace el Sirannon; y la quería conforme al gusto de los enanos en materia de puertas: perfecta, y por lo tanto invisible.

—Una puerta que no se ve —le dijo Narvi al rey— es media pared.

—Entonces hazme media pared que sepa abrirse —dijo Durin, que era rey precisamente porque sabía terminar las conversaciones.

Trabajaron todo aquel primer verano en los andamios, marcando la pared. Celebrimbor hablaba la lengua común con los canteros y sindarin con los suyos, y no tardó en descubrir que Narvi la entendía.

—La entiendo —admitió el enano—. No la hablo. Es una lengua con doce palabras para la luz de las estrellas y ninguna para «basta».

—Tenemos una palabra para «basta».

—Pues no se os oye usarla.

Una tarde de aquel verano, esperando a que fraguara una lechada, Celebrimbor contó que había aprendido el oficio en el Oeste, de Aulë el Herrero, el Vala de todas las obras. Narvi lo interrumpió para aclarar que los enanos no habían aprendido el oficio de nadie: les venía de nacimiento, porque Mahal, su Hacedor, talló a los Siete Padres con sus propias manos en una sala bajo el mundo. Discutieron un buen rato sobre cuál de los dos maestros era mejor, cada uno alegando prodigios, y las alegaciones se fueron pareciendo tanto —la fragua, la paciencia, la ley de no forzar nunca el material, el amor por la obra bien hecha aunque fuera de otro— que se quedaron callados a la vez, a media frase, haciendo la misma cuenta. Era el mismo. Dos pueblos que se habían matado por un collar eran aprendices del mismo taller, y no lo sabían, o no habían querido saberlo.

—No se lo digas a mi consejo —dijo Narvi.

—No se lo digas al mío.

A mediados del otoño, Narvi lo sorprendió pasando el pulgar por una junta de sillería enana del camino viejo, con los ojos cerrados, buscándole el borde. No se lo encontró. Narvi no dijo nada, pero aquella noche escribió a su hermano, que trabajaba las minas del norte: «El elfo sabe mirar con las manos. Puede que esto no acabe mal».

II

La puerta en sí costó tres años; lo que la rodeaba, cuatro más.

Narvi cortó las dos hojas de la misma pared que iba a recibirlas, del mismo lecho de roca, para que envejecieran igual que su marco y ninguna helada las delatara. Las colgó de goznes de acero enano sellados con plomo en la roca viva, y las equilibró con tanto arte que, una vez suelto el pestillo, giraban con el empuje de dos dedos.

El día que colgaron la primera hoja fue el único en que estuvieron a punto de matarse, y no por una discusión. La hoja pendía de una grúa de roble y cáñamo, alta como cuatro hombres, y venía bajando a su encaje con la lentitud de las cosas que ya no pueden corregirse, cuando uno de los cables cedió con el chasquido de un hueso. La piedra giró en el aire buscando a quien llevarse. Celebrimbó estaba debajo, absorto en el encaje, de espaldas. Narvi lo sacó de allí de un tirón de cuello que lo sentó en el barro, y la hoja pasó rozando la pared y besó el andamio donde el elfo había tenido los pies. Después quedó meciéndose, mansa, como si tal cosa. Narvi la miró balancearse, comprobó con el rabillo del ojo que la junta del marco no había sufrido, y solo entonces se acordó de respirar.

—Vosotros escucháis la piedra —dijo—. Os falta aprender a oír el cáñamo.

Esa noche, en la caseta, al enano le temblaban las manos alrededor del cuenco. Dijo que era el relente. Celebrimbó, que sabía exactamente cuánto frío hacía y cuánto era otra cosa, estuvo de acuerdo en que el relente, aquel año, venía traicionero.

Luego vino lo difícil: la junta. La persiguió un invierno entero como se persigue una deuda. Cuando por fin cerró las hojas y vertió el agua de una jarra a lo largo del corte, el agua resbaló pared abajo sin encontrar dónde entrar. Los aprendices vitorearon. Narvi frunció el ceño y pidió otra jarra.

La parte de Celebrimbó no pesaba nada y costó más. Los cerrojos y las trampas que proponían los maestros de Khazad-dûm le parecían respuestas de guerra para una puerta de paz: él quería gobernarla con palabras. Para eso hacía falta un metal que escuchara, y no existía; de

modo que lo hizo. En sus fraguas de Ost-in-Edhil, con mithril de Khazad-dûm, destiló el ithildin, que no brilla al sol ni devuelve la luz de las antorchas: solo responde a la luna y a las estrellas, y aun así duerme hasta que alguien lo toca y le dice ciertas cosas en voz baja.

Narvi bajó una vez a las fraguas de la ciudad a ver cómo se hacía, porque no se fiaba de ningún material que no hubiera visto nacer. Encontró a los herreros elfos cantando sobre el crisol, por turnos, sin dejar caer el canto ni un momento, mientras el metal se enfriaba al ritmo que la canción le marcaba. Le pareció una manera absurda de trabajar y estuvo tres días sin decirlo. En Narvi, tres días callado eran un homenaje. Al cuarto día preguntó, señalando el crisol con la barbilla, si el canto se quedaba dentro. Celebrimbor respondió que esa era la idea. El enano rumió aquello largamente.

—En Khazad-dûm cantamos después del trabajo —dijo al fin—. No durante.

—¿Por qué?

—Para que la obra no se acostumbre a la voz. Las obras se quedan donde no llega la voz de nadie. Mejor que no echen de menos.

Celebrimbor pensó en aquella respuesta muchos años más tarde, y le pareció la cosa más triste que le habían dicho nunca. Aquel día solo asintió, y los herreros siguieron cantando.

La primera noche de prueba fue un fracaso solemne. Habían tendido en la pared un hilo de ithildin fino como una vena, y esperaron la luna con la ceremonia de quien espera a un rey. La luna salió tapada por nubes. Durante una hora larga no pasó nada, y Narvi, calado de rocío, juró por el yunque de Mahal y dijo todo lo que pensaba de los metales que necesitan buen tiempo. Entonces las nubes se abrieron por el oeste, sin aviso, como se abren siempre, y en la roca oscura apareció una línea de plata delgadísima, temblando igual que tiembla el agua, tan viva que los dos callaron a la vez. Estuvieron mucho rato mirándola sin hablar. Arriba, indiferentes, las estrellas hacían su trabajo de todas las noches.

—Está bien —concedió Narvi al fin, que era la frase más larga de su repertorio de elogios.

Se enseñaron el oficio sin ceremonia, a la manera en que se enseñan las cosas que importan: quejándose. Narvi le enseñó al elfo a oír la piedra, a golpear y esperar el eco, a leer en una veta la historia de un agua que ya no existía. Celebrimbor aprendía deprisa y sin humildad ninguna, lo cual, para sorpresa de ambos, a Narvi le gustaba más.

A cambio, el elfo dejaba por los andamios pliegos con las letras que había inventado su abuelo, las tengwar, que Narvi despreciaba en voz alta por curvas, por blandas, por incapaces de aguantar un cincel. Un mediodía, Celebrimbor volvió de las fraguas antes de lo previsto y lo encontró trazándolas con carbón en una losa de desecho, la lengua entre los dientes, la mano

enorme aplicada como la de un niño. Se retiró sin hacer ruido y no lo mencionó jamás. Hay cortesías que solo caben entre amigos.

El cuarto año plantaron los acebos, uno a cada lado del umbral, traídos de los viveros de Ost-in-Edhil. Fue idea del elfo: eran el árbol de su país, el que le daba nombre, y quería que la puerta tuviera centinelas que no cobraran soldada. Narvi calculó cuánto tardarían las raíces en amenazar sus cimientos y concluyó que para entonces llevaría dos siglos muerto. Los plantó él mismo, con más cuidado del que confesó.

Para entonces, en Khazad-dûm empezaban a decir «el elfo de Narvi». En Ost-in-Edhil decían «el enano de Celebrimbor». Ninguno de los dos corrigió nunca a nadie.

III

La discusión de la contraseña duró más que la puerta.

El consejo de Durin quería lo que quieren todos los consejos: seguridad. Palabras secretas en khuzdul, que ningún extraño pronuncia bien; santo y seña mudado con cada luna; un mecanismo oculto, conocido por tres maestros y jurado con sangre. Los escribas llenaron tablillas de propuestas. Celebrimbor las escuchó todas con la paciencia de quien ya ha decidido, y cuando el consejo se quedó sin aliento dijo que la contraseña debía ser una sola, para siempre, y que había que escribirla en la puerta.

Hubo un silencio de los que preceden a las carcajadas. Narvi lo salvó diciendo antes que nadie la única objeción sería:

—Hasta un orco sabe decir «amigo».

—Que lo diga, entonces. Que todo el que pase esta puerta, venga a lo que venga, tenga que llevar esa palabra en la boca. La puerta no distingue corazones, Narvi; eso no lo sabe hacer ni la piedra ni la plata, y quien os prometa lo contrario os estará mintiendo. Esta puerta se hace para tiempos de amistad. Si vienen otros tiempos, se cerrará; y entonces dará lo mismo qué palabra la guarde, porque los males capaces de echarla abajo no llaman antes de entrar.

El consejo rezongó y acabó cediendo, en parte por el argumento y en parte porque Durin bostezó. Ya a solas, mientras recogían las tablillas, Narvi seguía rumiando.

—Sigo sin verlo. Una contraseña que se regala.

—Si las cosas van como deben, esta puerta pasará abierta la mayor parte de su vida. La palabra no es una cerradura, Narvi. Es un recordatorio.

—¿De qué?

—De lo que cuesta entrar en la casa de otro. Una palabra. Siempre me ha parecido un precio muy bajo, y conozco a muy pocos dispuestos a pagarlo.

Dibujaron el blasón un invierno, junto al fuego de la caseta de obra: el yunque y el martillo bajo la corona y las siete estrellas, que son las armas de Durin; los dos árboles de los Altos Elfos cargados de lunas crecientes; y arriba, sola, una estrella de muchos rayos. Esa la dibujó Celebrimbor el último, con la mano un poco más lenta.

—¿Estás seguro? —preguntó Narvi, que sabía qué nombre arrastraba esa estrella, y cuánta sangre.

—Mi abuelo hizo las joyas más hermosas del mundo y las guardó bajo llave, y por abrirla juramos lo que nadie debería jurar nunca. Toda mi casa ha sido una mano cerrada. Me gustaría que lo último que firme sea una puerta abierta.

Narvi atizó el fuego y no dijo nada. Era bueno en eso.

Quedaba la inscripción. Celebrimbor la compuso en la lengua de los elfos del oeste y la trazó en las letras fluidas de su casa: el nombre de la puerta y el del Señor de Khazad-dûm; la instrucción, «di “amigo” y entra»; y debajo, contra toda costumbre de dos pueblos, los nombres de los artífices: *Yo, Narvi, las hice. Celebrimbor de Eregion grabó estos signos*.

Cuando Narvi vio su nombre en el borrador, primero y en letras elfas, se levantó y salió de la caseta. Volvió al cabo de un rato con nieve en los hombros.

—Los enanos tenemos dos nombres. El verdadero no se escribe: no se le dice a nadie de fuera, y no se graba en ninguna parte, ni siquiera en la tumba. Y el otro, el de andar por el mundo, tampoco es costumbre clavarlo en la obra. La obra ya sabe quién la hizo.

—Lo sé.

—Vosotros grabáis nombres para no olvidar. Nosotros no olvidamos.

—Yo sí —dijo Celebrimbor con suavidad—. Nosotros sí. Somos los que más tiempo tenemos para ir olvidando, y los que más miedo le tenemos a eso. Deja el nombre. Las tumbas se cierran; por eso no llevan nombre. Esto es lo contrario de una tumba.

Narvi se sacudió la nieve, se sentó y estuvo mirando el borrador un rato largo.

—El orden está bien —gruñó al fin—. Primero el que hizo la puerta, luego el que la pintó.

Y así quedó escrito, y así siguió escrito durante dos edades del mundo.

La estrenaron una noche despejada de primavera, con luna creciente y las dos cortes reunidas en la explanada del Sirannon. Cuando la luna dobló el hombro del Zirakzigil, la pared desnuda floreció en plata: el arco, la corona, las estrellas, el yunque, los árboles, la estrella de la

casa desterrada, y las letras corriendo por en medio como agua. Durin leyó la instrucción en voz alta, para todos, porque esa era la gracia: que no hubiera secreto. Luego dijo la palabra.

Las puertas de Narvi no hicieron ningún ruido. Se abrieron hacia afuera, despacio, las dos hojas a un tiempo, y de dentro salió la luz de mil lámparas y un olor a fiesta que hasta los elfos alabaron. Hubo música enana y música elfa, y cada pueblo fingió por cortesía que la del otro le gustaba.

Muy tarde, cuando ya todos estaban dentro brindando, los dos artífices se quedaron un momento en el umbral. Abajo, el valle se iba a oscuras hacia Acebeda; el arroyo nuevo sonaba contra las piedras.

—La piedra aguantará diez mil años —dijo Narvi, palpando la junta por pura costumbre—. La palabra, no sé.

—La palabra es la parte que no se desgasta.

—La palabra es aire.

—Los juramentos también son aire, y derribaron reinos enteros. Lo que se dice dura más que lo que se toca, Narvi. Me cuesta admitirlo, con el oficio que tengo, pero es así.

—Puede. —Narvi dio una última palmada a la junta—. Yo, por si acaso, esta la he hecho a prueba de aire.

IV

Vinieron los años buenos, que en las historias ocupan siempre tan poco sitio.

La puerta pasaba abierta de deshielo a primeras nieves. Bajaban carros de mineral y de piedra labrada; subían carros de grano, de paño, de vino del sur. Los elfos entraban en Khazad-dûm a ver las bóvedas de Durin con la cabeza echada hacia atrás como niños, y los enanos iban a Ost-in-Edhil a discutir precios y se quedaban a discutir el oficio, que era discusión más larga y más querida. No hubo entre las dos razas, ni antes ni después, amistad como aquella. Los archivos lo dicen con esas palabras, y los archivos no son gente que exagere.

La palabra, mientras tanto, hacía su vida. Los niños de las caravanas la aprendían antes que ninguna otra cosa en lengua elfa y la gritaban a coro mucho antes de llegar al umbral, para ver abrirse la montaña, aunque la puerta estuviera ya abierta de par en par y los guardias fingieran, por no estropearles la fiesta, que se abría un poco más. Los viejos la decían tocándose el pecho. Los mercaderes con prisa la mascullaban sin pensar, como se saluda al pasar un puente. Nadie recordaba ya del todo que aquello era una contraseña. Se había vuelto costumbre.

A Narvi le contaron lo de los niños y fue lo único de toda la obra de lo que se le oyó presumir.

Narvi y Celebrimbor siguieron trabajando juntos porque ya no sabían hacerlo de otra manera: una escalera nueva sobre la Primera Sima, un puente en el camino del oeste, un patio con fuente en la Casa de los Joyeros. Discutían cada palmo. Las obras salían mejores por eso.

La vejez le llegó a Narvi por donde les llega a todos los canteros: por las manos. Un frío en los nudillos que al principio se marchaba con el trabajo y que un año, sin anunciarse, se quedó a vivir. Empezó a escoger cinceles más gruesos con excusas de maestro; después empezó a no escogerlos. Celebrimbor lo notó, porque lo notaba todo, y no dijo nada: simplemente empezó a llegar antes al tajo y a dejarse hechas, «por adelantar faena», las pasadas finas. Entre amigos también se miente. Se miente mejor.

Por entonces llegó a Eregion el forastero.

Se hacía llamar Annatar, Señor de los Dones, y decía traer de Occidente saberes de los Poderes para levantar la Tierra Media de sus ruinas. En Lindon, contaba la gente del camino, el rey Gil-galad no había querido recibirlo, sin dar razones. Entre los Gwaith-i-Mírdain, el Pueblo de los Joyeros, encontró mejor acogida: sabía respuestas a preguntas que llevaban una Edad haciéndose, y las regalaba sin pedir nada, que es la manera más cara de cobrar.

Narvi lo vio una sola vez, en su última visita a Ost-in-Edhil, ya con un bastón que juraba no necesitar. El forastero era hermoso a la manera de las obras terminadas, sin un cabo suelto, y fue cortesía pura. Alabó las Puertas del Oeste mejor que nadie las había alabado nunca, con detalle de entendido, celebrando aciertos que ni el propio Narvi había sabido poner en palabras.

—Nunca vi piedra mejor obedecida —dijo, y la voz era del color de la miel caliente—. No la hay ni en el Oeste, y del Oeste vengo. Si el maestro Narvi quisiera, cosas mucho más grandes que puertas podrían abrirse a su arte. Sería un honor enseñarle lo que sé.

El enano escuchó el discurso entero sin abrir la boca, cosa que en él no era mala señal, pero tampoco buena. Luego dio las gracias, del modo en que se dan las gracias a un desconocido por un regalo demasiado caro, y no volvió a hablar en toda la velada. Al día siguiente, mientras Celebrimbor lo acompañaba al mojón del camino, soltó lo que llevaba dentro.

—No me gusta.

—Sabe más que todos nosotros juntos.

—Puede. No me gusta cómo mira.

—¿Cómo mira?

—Cuando hablas, no te mira a los ojos. Te mira las manos.

Celebrimbor se echó a reír y le dijo que veía tratantes en todas partes.

—Y tú amigos —dijo Narvi.

Se despidieron en el mojón como siempre, sin ceremonia, igual que quien va a verse el mes que viene. El elfo se quedó mirando cómo bajaba el camino, más despacio que otros años, dando al bastón la mitad de su peso y ni una pizca de razón.

Dos inviernos después llegó a Ost-in-Edhil un correo de Khazad-dûm con tres runas de las que se usan entre parientes. Celebrimbor cruzó el valle helado en un día y una noche.

Lo dejaron pasar sin discusión y sin escolta, honor que ningún elfo había recibido bajo la montaña. Recorrió las salas iluminadas detrás de un chambelán que no se atrevía a mirarlo, oyendo crecer y menguar el rumor de los martillos en los pozos hondos, hasta una cámara pequeña excavada en buena piedra gris donde Narvi esperaba, tumbado por primera vez desde que se conocían.

—He elegido la losa —fue su saludo—. Gris del Zirakzigil, sin una veta. La aparté hace ochenta años, cuando aún podía subir a elegirla yo mismo. Los sobrinos querían labrarle adornos. Les he dicho que como le toquen un canto te aviso.

—Bien dicho.

—Sin nombre, como es ley. —Los ojos, muy hundidos ya, todavía sabían reírse—. Tranquilo, elfo. Tú ya pusiste mi nombre donde tenía que estar.

Hablaron de juntas y de aleaciones, del puente del oeste, de si el ithildin envejecería, que era la manera que tenían ellos dos de hablar de todo lo demás. A ratos Narvi se dormía a media frase y retomaba la frase al despertar, en la palabra exacta, como quien suelta el cincel y lo vuelve a coger.

—La junta habrá que mirarla de cuando en cuando —dijo en uno de esos regresos—. No porque vaya a moverse. Las juntas se miran.

—Cada verano —dijo Celebrimbor—. Te lo prometo.

—Los elfos y las promesas... —Narvi cerró los ojos—. Vais sobrados de tiempo para arrepentiros.

—Por eso las cumplimos. No sabes lo largo que se hace un arrepentimiento nuestro.

Celebrimbor le sostuvo la mano toda la noche. Era la primera vez que aquella mano se dejaba sostener.

Con la madrugada, Narvi le hizo seña de acercarse, como para confiarle un secreto de taller, y le dijo, en la lengua que había jurado no hablar nunca, con un acento espantoso:

—*Mellon.*

Celebrimbor no lo corrigió. Fue la última palabra que le oyó decir.

Lo velaron a la manera de los enanos, que no es asunto que ellos cuenten ni yo vaya a contar. Al elfo lo dejaron estar, de pie, aparte, primero de su raza que veló a un enano en el corazón de Khazad-dûm. Cuando todos se retiraron y las lámparas quedaron a media luz, Celebrimbor se acercó a la losa gris, lisa, sin más marca que el pulido, y puso encima la palma abierta, como en una pared que hubiera que sondear. Dijo la palabra en voz baja, por si acaso. La piedra no se movió. No estaba hecha para abrirse; nadie lo sabía mejor que él. Las tumbas se cierran. Por eso no llevan nombre.

V

De lo que vino después están llenos otros libros, y son libros más tristes.

Celebrimbor volvió al trabajo como se vuelve a una casa vacía: encendiendo todas las fraguas para no oír el silencio. El forastero seguía allí, y era un consuelo fácil. Annatar admiraba cada ensayo, celebraba cada idea, no le llevaba la contraria jamás. Ahí estaba la diferencia, si alguien hubiera querido verla: Narvi le había dicho «no» un día sí y otro también durante cien años. Un amigo es, entre otras cosas, alguien que te dice que no.

Hicieron anillos. Anillos menores primero, de ensayo; luego los Nueve; luego los Siete. Era el trabajo más fino que se había intentado desde las joyas del abuelo, y Celebrimbor le entregó todo lo que le quedaba. Los Tres últimos los hizo ya solo, sin el maestro forastero, con otra intención y otra tristeza, y Annatar no llegó a tocarlos.

Y una mañana, muy lejos, en una tierra de fuego que entonces casi nadie sabía nombrar, el forastero se puso en el dedo la obra que había forjado a solas y en secreto; y en Eregion todos los herreros lo oyeron a la vez, por dentro, diciendo lo que era y lo que quería. Celebrimbor se arrancó el anillo que llevaba puesto y pensó, sin poder evitarlo, en un enano que le miraba las manos.

Lo que pudo salvarse se salvó por él. Escondió los Tres, lejos, en manos más sabias que la suya. Y uno de los Siete no esperó a la guerra: lo llevó él mismo por el camino del oeste, dijo «amigo» ante las puertas que llevaban el nombre de los dos, y lo puso en la mano de Durin, tercero de ese nombre, ya muy viejo, que lo recibió sin preguntar nada. Los sabios discuten todavía si fue prudente. Los sabios no conocieron a Narvi. Y de aquel anillo, dicho sea, el enemigo no sacó nunca lo que buscaba: los hijos de Mahal no se dejan domar. El oro se les encendió un poco más en el corazón, y ese fue todo el daño; y fue suyo, no de Sauron.

Cada verano, mientras hubo veranos, Celebrimbor subió al umbral del oeste, pasó el pulgar por donde sabía que estaba la junta, no la encontró, y volvió a casa en paz con su promesa.

La guerra llegó antes de que pasara un siglo. Aquel verano nadie fue a mirar la junta. Eregion ardió. Ost-in-Edhil fue tomada casa por casa, y la Casa de los Joyeros la última, defendida por su señor en la escalera de su propia fragua. Celebrimbor murió como mueren los herreros en las guerras que empiezan en su taller: el último, y peor que nadie. Lo que el enemigo hizo después con su cuerpo se cuenta en otra parte. Aquí no.

Khazad-dûm abrió sus puertas una vez más aquel año, para morder la retaguardia del enemigo y dar aire a los que huían hacia el norte. Los enanos pelean poco fuera de casa, pero saben ser buenos vecinos. Luego las Puertas del Oeste se cerraron, y la junta de Narvi hizo su trabajo: desde fuera, media pared. La palabra se quedó dentro de la piedra, esperando.

Esperó mucho.

El mundo cambió hasta de forma. Los acebos del umbral se hicieron torres oscuras. Al camino elfo se lo comió la hierba. Abajo, siglos más tarde, los enanos cavaron demasiado hondo tras la plata que lo había empezado todo y despertaron en la raíz del monte algo más viejo que su casa; y Khazad-dûm quedó vacía, y las lámparas se apagaron, y a la mansión de Durin empezaron a llamarla con un nombre nuevo y negro: Moria. Alguien estranguló después el Sirannon, y un agua quieta y oscura fue subiendo hasta cubrir el umbral. Con los siglos, algo se acostumbró a vivir en esa agua.

La palabra siguió esperando. La habían hecho bien.

VI

Cinco mil años después de la muerte de Narvi llegaron a aquella orilla nueve caminantes, de noche, ateridos, con el aullido de los lobos de la víspera metido aún en las orejas. Traían prisa y miedo, que es el peor equipaje para un acertijo.

El más viejo, un peregrino gris que había conocido otros tiempos, buscó a tientas bajo los acebos gigantes, palpando la roca, murmurando cosas antiguas. Sus manos, que sabían de muros, no encontraron la junta. Nadie la había encontrado jamás. Entonces la luna salió sobre las nubes, y la plata de Celebrimbor despertó, obediente, como si las edades no fueran nada: el arco, la corona y las siete estrellas, el yunque, los árboles, la estrella de la casa perdida, y las letras corriendo por en medio como agua.

El peregrino leyó la inscripción en voz alta, primero de una manera y luego de otra. Y no la entendió.

Probó llaves en todas las lenguas de los Pueblos Libres, en órdenes y en súplicas; mandó callar a los demás; se sentó con la cabeza baja mientras a su espalda algo se movía, sin prisa, bajo el agua negra. La puerta no se movió en absoluto. La respuesta llevaba cinco mil años escrita a la vista de todos, porque sus hacedores la quisieron así, sin secreto. El acertijo no era difícil. Era de otro tiempo.

Cuando por fin se rió de sí mismo y la dijo —una palabra elfa, sencilla, la misma que un enano moribundo pronunció una vez con un acento espantoso—, las puertas de Narvi obedecieron a las letras de Celebrimbor igual que la primera noche: hacia afuera, despacio, sin un solo ruido.

Lo que pasó entonces —el agua que hirvió de brazos, el golpe con que la oscuridad selló la puerta para siempre a sus espaldas— pertenece a una historia más grande y peor, y otros la han contado. Los nueve no miraron atrás. Nadie vio cómo la plata del dintel se iba apagando despacio, línea a línea, bajo las nubes que volvían.

La piedra aguantó cinco mil años. La palabra no se gastó.

En eso, al menos, acertaron los dos.

FIN